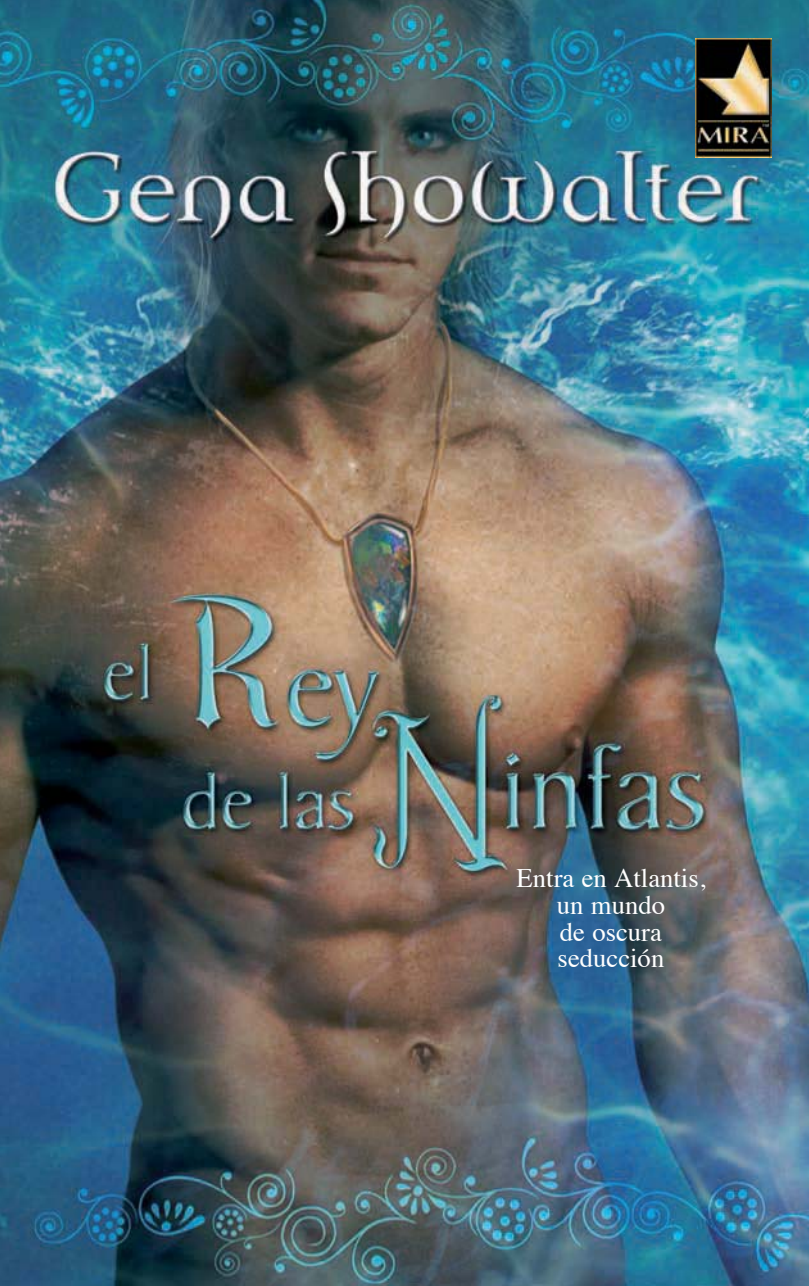

MIRA
Gena Showalter
el Rey de las Ninfas
Entra en Atlantis, un mundo de oscura seducción

Gena Showalter

el Rey de las Ninfas



HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Gena Showalter. Todos los derechos reservados.
EL REY DE LAS NINFAS, Nº 255 - agosto 2010
Título original: The Nymph King
Publicada originalmente por HQN™ Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Mira son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8897-4
Editor responsable: Luis Pugni

1

Atlantis

Nada más despertarse, Valerian, rey de las ninfas, se desprendió del abrazo de la mujer desnuda que dormía a su lado… sólo para descubrir que tenía las piernas enredadas con las de otras dos mujeres, igualmente desnudas y dormidas.

Con una risa ronca de sueño, volvió a tumbarse en la cama, la larga melena rubia oscura le caía sobre un hombro. Eran cuatro las mujeres que se encontraban en ese momento allí, todas ellas humanas. Absolutamente sensuales. Cautivadoras. Hacía apenas unas semanas, justo después de que su ejército se hubiera apoderado del castillo, aquellas mujeres habían penetrado accidentalmente por un portal que comunicaba Atlantis con el mundo de la superficie. Los dioses debían de haberle sonreído, porque tres de ellas habían terminado en su cama.

Sonrió lentamente mientras paseaba la mirada por las saciadas bellezas que dormían tan plácidamente a

su lado. Altas, de figuras curvilíneas, bronceadas, cada una era hermosa a su manera. Sencillamente, amaba a las mujeres. Amaba el poder que ejercía sobre ellas y no se avergonzaba de nada. No estaba arrepentido. Al contrario. Las disfrutaba, saboreaba…

Las devoraba.

Aunque ninguna había constituido para él nada más que un pasajero capricho, las adoraba. Su dulce suavidad, sus amorosos gemidos... le encantaba la manera que tenían de enredar sus piernas en torno a su cintura, o de su cabeza, para recibirlo en su paraíso particular...

Mientras yacía en el lecho, la luz se filtraba lentamente a través de la bóveda de cristal de lo alto, acariciando todo cuanto tocaba y bañando a sus compañeras en un resplandor dorado. El deseo perfumaba el aire, embriagadoramente denso.

Sí, llevaba una vida absolutamente deliciosa.

Las mujeres se enamoraban de Valerian con sólo mirarlo. Bastaba con que olieran su erótica fragancia a ninfa para que se rindieran a sus pies. Empezaban a desnudarse nada más escuchar su ronca y sensual voz. No blasonaba de ello: simplemente constataba un hecho.

De repente, la humana de cabello negro se desperezó, apoyando su pequeña y delicada mano sobre su pecho. ¿Cómo se llamaba? ¿Janet? ¿Gail? No se acordaba de su nombre. Ni el de ella ni el de las otras dos, en realidad. Sólo eran cuerpos, tres más en una larga lista de cuerpos en los que encontraba placer.

—Valerian —susurró la morena. Tenía la expresión adormilada, pero su mano comenzó un lento descenso que terminó en su falo. Empezó a acariciárselo, hacia arriba y hacia abajo, desperezándolo.

Sin dignarse a mirarla siquiera, entrelazó los dedos

con los suyos e interrumpió la caricia para llevarse su mano a los labios y darle un casto beso. La sintió estremecerse. Y sintió también cómo se endurecían sus pezones, en contacto con su costado.

—Esta mañana no, corazón —le dijo, hablándole en su idioma. Se había dedicado a ello durante las dos últimas semanas, pero al final dominaba perfectamente su lengua, extrañamente fluida. Y ahora tenía la sensación de que lo había hablado durante toda la vida—. Dentro de un rato tendré que irme. Me necesitan.

Por mucho que le habría encantado solazarse durante una hora más, o dos, con aquellas deliciosas mujeres, sus hombres lo esperaban en la arena de entrenamiento. Allí tendría que ayudarlos a perfeccionar sus habilidades para la lucha a espada y aligerar así la frustración que durante tantos días llevaban padeciendo. Con un poco de suerte, se olvidarían de sus constantes inclinaciones carnales mientras se preparaban para la guerra que se avecinaba.

La guerra. Suspiró. Desde que su ejército había arrebatado aquel palacio a los dragones, ya debilitados por un combate anterior contra los humanos, la guerra se había hecho inevitable. Eso ya lo había aceptado. Pero ahora eran sus hombres los que estaban debilitados, y no de guerrear. Estaban debilitados por la falta de sexo. Y eso sí que no estaba dispuesto a aceptarlo.

El contacto sexual ayudaba a sus mentes y a sus cuerpos a conservar las fuerzas: formaba parte de su naturaleza de ninfas. Quizá habría debido llevar consigo a las ninfas hembras al palacio; si no lo había hecho, había sido precisamente para protegerlas. Lo que no había previsto era que aquella separación durara tanto.

Desde que acabó la primera batalla, había mandado llamar a sus hembras. Desafortunadamente, aún no habían llegado y no había rastro de ellas ni en la Ciudad Interior ni en la Exterior. Su preocupación crecía cada día. Había enviado a un batallón de hombres a buscarlas... con orden de matar a cualquiera que se atreviera a hacerles daño. ¡Y pobre de aquél que osara atraerse la ira de una ninfa!

Pese a su preocupación, no dudaba de que si las hembras, que necesitaban sexo tan desesperadamente como los machos, se habían encontrado con un grupo de hombres de otra raza... la orgía resultante debía de estar aún en su apogeo. Lo cual no contribuía precisamente a consolar a sus guerreros.

—Mmm.... qué bien sabes —ronroneó la joven morena—. Sólo estar cerca de ti es mejor que hacer el amor con cualquier otro hombre...

—Ya lo sé, cariño —repuso Valerian, distraído.

Pese a la situación en que se encontraban sus hombres, se dijo que no debería sentirse culpable por aquellos excesos propios. Se habría avergonzado, desde luego, si hubiera convocado a esas mujeres. Pero ellas lo habían seguido por voluntad propia. Y se habían desnudado incluso antes de poner un pie en la habitación.

Sinceramente había querido desentenderse de ellas para entregárselas a su gente, pero se le habían echado literalmente encima. ¿Qué otra cosa habría podido hacer excepto ceder? Cualquier otro macho habría hecho lo mismo.

Quizá, una vez acabada la sesión de entrenamiento, sugeriría a esas deliciosas bellezas que se buscaran otros amantes...

—Sé que tienes que marcharte, pero... me muero de ganas de tocarte, Valerian —la morena batió pesta-

ñas con coquetería e hizo un mohín con los labios. Incorporándose sobre un codo, se las arregló para que sus exuberantes senos quedaran directamente en su línea de visión—. No me digas que no —susurró mientras le acariciaba una tetilla con la punta de un dedo—. Anoche me trataste muy bien. Permíteme devolverte el favor.

Al otro lado de la cama, sus compañeras empezaron a despertarse también.

—Mmm... Buenos días —se desperezó la pelirroja.

La otra emitió un ronroneo de gatita saciada. Al sentarse, su desordenada melena rubia se derramó sobre sus hombros. Lo miró con una lenta y provocativa sonrisa.

—Buenos días...

—Estuviste increíble —le comentó la pelirroja, evocando con admiración lo mucho que había disfrutado.

—Y tú también, mi cielo —de nuevo intentó recordar su nombre, sin éxito. Se encogió de hombros. Tampoco importaba. Para él, todas eran su «cielo»: nada más—. Ya ha amanecido. A todos nos esperan nuestras obligaciones.

—No te vayas todavía. Todavía no —le pidió la morena, acariciándole la oreja con su cálido aliento, un instante antes de delinearle la curva de la mejilla con la punta de la lengua—. Déjanos volver a disfrutar... —le besó la mandíbula— de tu sabor... —empezó a mordisquearle el cuello— una vez más.

Tres pares de manos y senos lo rodearon de pronto. Tres ardientes, ávidas bocas comenzaron a lamerlo. Tres húmedos sexos de mujer empezaron a frotarse contra su piel. El aroma de un renovado deseo lo envolvió de nuevo.

—Tú siempre sabes lo que quiero antes que yo misma... —jadeó una de ellas—. Jamás me canso de ti.

—Y yo me he hecho adicta. Moriría si no pudiera tocarte...

Gemidos y susurros de placer resonaron en sus oídos: los de aquellas mujeres que parecían haber enloquecido, frenéticas. Él mismo sintió que le ardía la sangre de deseo, fortaleciéndolo como sólo el sexo sabía hacer. En ocasiones, cuando la necesidad se apoderaba de él, se veía reducido a un estado de pura animalidad, y poseía a sus amantes con un salvajismo que mejor habría hecho en reservar para el campo de batalla...

Ésa era una de aquellas ocasiones.

Con un gruñido, abrió la boca y aceptó el beso de la que tenía más cerca, deslizando las manos por su pelo y por su fragante piel. Quizá retrasara la reunión con sus hombres, después de todo...

¡Clang! ¡Clang!¡Clang!

El sudor le corría por el pecho desnudo mientras alzaba la espada para descargarla una y otra vez contra la de su oponente.

Broderick se tambaleó hacia atrás y aterrizó sobre su trasero.

—Levántate —le ordenó Valerian.

—No puedo —jadeó su amigo.

Valerian frunció el ceño. Aquélla era la cuarta vez que Broderick mordía el polvo durante su sesión de entrenamiento, y eso que solamente llevaban practicando una hora. Normalmente, era tan robusto y resistente como el propio Valerian: su debilidad resultaba desconcertante.

La punzada de culpabilidad que había intentado reprimir volvió a torturarlo. La noche anterior debería haber entregado las humanas a sus guerreros. Y esa mañana debería haberse resistido con mayor firmeza a sus encantos. Como resultado, mientras que él se sentía más fuerte que nunca, sus guerreros se veían reducidos a eso.

—Maldita sea... —masculló Broderick. Seguía en el suelo, con la cabeza gacha. La melena dorada le ocultaba los ojos—. No sé durante cuánto tiempo más podré soportarlo.

—¿Y los demás? —Valerian clavó su larga espada en la arena. La punta había sido forjada con la forma de un cráneo alargado, símbolo de la muerte. De ahí le venía el nombre con que la llamaba: el Cráneo.

Barrió a sus guerreros con la mirada. Algunos estaban sentados en los bancos, afilando sus espadas, mientras que otros permanecían de pie apoyados en el muro de piedra, con la mirada perdida, distraídos. Sólo Theophilus parecía dispuesto a algo más que a echarse una siesta. Y sólo él le estaba prestando también un mínimo de atención.

Aunque eso no era del todo cierto. Joachim estaba en la arena, en cuclillas y con los codos en las rodillas... mirando a Valerian con expresión inequívocamente furiosa.

Se preguntó por qué estaba tan enfadado su primo.

—¡A formar todos! —ordenó Valerian. Lo perentorio de su tono consiguió por fin atraer su atención.

Lentamente, formaron en una fila irregular: sólo algunos se mostraban alerta, perfectamente despabilados. Valerian los contempló ceñudo. Todos eran altos y musculosos, de tez bronceada y rasgos perfectos, como tallados a cincel. Era tal su belleza, que las mujeres, a veces, se echaban a llorar. Pero en aquel mo-

mento se dibujaban en sus rostros líneas de tensión y de cansancio. Estaban incluso temblorosos.

—Os necesito fuertes y capaces, pero estáis débiles como bebés —a esas alturas, Darius, el rey de los dragones, habría descubierto que Valerian se había apoderado del palacio, y lo atacaría. Si la batalla estallaba ese mismo día... ¡cuán fácilmente caerían sus guerreros!

Cerró los puños. La derrota era algo que se negaba a aceptar. Nunca. Antes moriría. Un guerrero tenía que ganar. Siempre. Sin excepciones.

Broderick se pasó una mano por la cara, suspirando.

—Necesitamos sexo, Valerian. Y lo necesitamos ya.

—Lo sé —por desgracia, las tres humanas dormían en aquel momento en su cama, exhaustas. Incapaces de satisfacer a todos aquellos insaciables guerreros a la vez...

Podía enviar a un pelotón de guerreros a la Ciudad Exterior a capturar sirenas: una raza de mujeres tan aficionadas al sexo como las propias ninfas, pero a la vez altamente peligrosas. Las sirenas atraían, seducían y... mataban. O, al menos, lo intentaban. Pero eran maravillosas en la cama y merecía la pena correr el riesgo.

El problema era que en las pocas ocasiones en que sus hombres habían entrado en la ciudad, durante las últimas semanas, las féminas de cada raza habían permanecido bien ocultas, evitando a las ninfas como si fueran horribles y malolientes demonios. Nadie deseaba verse esclavizado y sometido a los caprichos sexuales de una ninfa, destruida completamente su voluntad.

—Hueles a humana, Valerian... —le espetó de

pronto Dorian— y eso acrecienta aún más mi necesidad.

Con su cabello negro como la obsidiana, sus rasgos propios de un dios y su delicioso sentido del humor, Dorian solía hacer estragos entre las mujeres de todas las razas. Pero en aquel momento no estaba precisamente de buen humor. Irradiaba celos y resentimiento.

La culpabilidad volvió a acosar a Valerian. Tenía que corregir su error. Por mucho que detestara admitirlo, sólo quedaba una solución.

—¿Seguís queriendo viajar a través del portal? —preguntó, dirigiéndose a todo el mundo. Desde que descubrió la extraña poza vertical de la cueva sobre la que se levantaba aquel palacio, el mismo portal que habían utilizado las humanas para entrar en Atlantis, sus hombres le habían suplicado incontables veces que les permitiera utilizarlo. Y cada vez la respuesta había sido la misma: no. Su amigo Layel, el rey de los vampiros, le había asegurado que ningún atlante podía sobrevivir mucho tiempo en el mundo de la superficie.

Además, necesitaba a todos sus hombres allí, listos para luchar y defender el palacio. Aunque, débiles como estaban, habrían sido incapaces hasta de derrotar a un grifo, por no hablar de un feroz guerrero dragón...

Por otro lado, si existía alguna oportunidad de conseguir más humanas... el viaje a la superficie justificaba ese riesgo.

—¿Y bien?

Casi todos los guerreros rompieron la fila para arremolinarse en torno a su rey, sonrientes. Un coro de síes brotó de sus bocas. Sólo Theophilus permaneció silencioso. Resultaba normal, dado que él era el

único que no tenía necesidad de visitar la superficie, emparejado como estaba con la cuarta humana que había entrado en Atlantis.

Emparejado. Valerian reprimió un estremecimiento. Cuando una ninfa se emparejaba, lo hacía de por vida. Fuera cual fuera su edad, o sus circunstancias, cuando encontraba a la mujer que estaba destinada a vivir a su lado, su cuerpo ya no anhelaba otra: su corazón solamente latía por la única. Se decía que una ninfa reconocía a su única en el preciso instante en que la olía, y ella, a su vez, lo reconocía a él para elegirlo entre los demás.

Valerian, como muchos de sus hombres, vivía en el temor constante a descubrir a su pareja, precisamente porque gozaba a fondo de su libertad. No podía imaginar que una única mujer fuera capaz de cautivar su interés y saciar sus pasiones por más de una sola noche.

Quizá, después de todo, él no estuviera destinado a tener una pareja.

—¿Viajaremos a través del portal? —inquirió alguien, interrumpiendo sus reflexiones.

—Sí —respondió, alzando las manos—. Amigos míos, me rindo.

—¿Cuándo podremos partir? —quiso saber Broderick.

—Gracias, gran rey —pronunció Shivawn.

—Dioses, mi falo necesita un poco de atención femenina —confesó Dorian.

El alivio se traslucía en sus voces. El deseo ardía ya en sus ojos, infundiéndoles nuevas fuerzas. Valerian no los culpaba por sus ansias de abandonar el palacio. Él mismo habría quedado reducido al estado de una bestia salvaje si hubiera tenido que padecer aquella prolongada abstinencia. Pero eso era algo que él,

como rey, nunca había tenido que soportar. Y esperaba que siguiera siendo así.

Su apetito carnal era mayor que el de cualquier otro y, sencillamente: no había mujer capaz de resistírsele. Un hecho que sus hombres habían aceptado desde hacía ya tiempo... y que él mismo disfrutaba.

—La mayor parte de vosotros tendréis que quedaros aquí, guardando el palacio —les informó—. Y los que se vayan no podrán permanecer durante mucho tiempo fuera. No más de una hora, dos como máximo, quizá. Traeremos todas las mujeres que podamos y luego nos las repartiremos.

—Deberíamos haber partido hace días —rezongó Joachim.

Valerian prefirió ignorarlo. Sabía que la frustración hablaba por boca de su primo.

—¿Por qué necesitamos volver tan rápido? —preguntó Dorian, frunciendo el ceño—. Yo querría disfrutar de una amante o dos antes de volver a casa.

—No sabemos nada de la superficie, ni de sus gentes ni de sus armas. Pero lo que sí sabemos es que los dragones nos atacarán. Debemos salir, agarrar a las mujeres y volver a toda prisa.

—¿Debemos?

—Yo os lideraré, por supuesto —por nada del mundo enviaría solos a sus hombres a un territorio desconocido—. Pero no os preocupéis. Yo no tomaré ninguna mujer. Las tres felizmente saciadas que ahora duermen en mis aposentos ya me han estimulado lo suficiente —«por el momento», añadió para sí—. Os las dejaré para vosotros.

2

Una boda de Florida. Celebrada en plena playa, con las olas rosadas rompiendo a sus pies, un mágico crepúsculo de tonos dorados y una deliciosa brisa templada. Pétalos de rosas blancas salpicaban la fina arena, bailando y arremolinándose con cada ráfaga de viento. La pareja pronunciaba en aquel momento sus sagrados votos mirándose fijamente a los ojos, con las manos entrelazadas, los labios entreabiertos a la espera del inminente beso.

¿Había algo más dulce? ¿Más romántico?

¿Más ridículo?

Shaye Holling soltó un suspiro de frustración y bajó la mirada a su biquini de conchas y a su falda de paja. ¿Quién habría elegido aquel horrible conjunto para las damas de honor? Alguien que querría que parecieran monstruos odiosos. Porque cuanto más feas fueran las damas de honor, más bonita quedaría la novia.

Tenía hasta miedo de preguntarse lo que pensarían los invitados, todos tan elegantemente vestidos, de

aquel atavío tipo baila-conmigo-el-hula-hula. «Seguro que parezco un repugnante zombi», pensó.

Porque Shaye era muy pálida. Tez pálida, cabello rubio claro. No eran pocos los que, a lo largo de su vida, la habían llamado «Casper», «reina de las nieves», «vampira», «albina...» La lista era interminable. El único color que poseía provenía de sus ojos. De un cálido color castaño dorado, eran, en su opinión, el único rasgo que la salvaba.

Podría haber usado el aparato de broncear que su madre le había enviado ex profeso para el evento, pero las consecuencias de la última vez que lo había usado seguían demasiado frescas en su mente: una piel horriblemente anaranjada, aspecto general de enferma, manos con manchas y mirada horrorizada. Quizá debería haber pasado unas cuantas horas en una sala de rayos uva. Se habría llenado de ampollas de la cabeza a los pies, pero al menos habría adquirido algo de color. El rojo fuego, al menos, era un color.

Mientras seguía allí de pie, una nueva idea para su empresa de tarjetas, Anti-Cards, asaltó su mente. «Tengo que admitir que has traído la religión a mi vida», pensó mientras contemplaba a la novia, que daba la casualidad de que era también su madre. «Por fin creo en el infierno».

Suspiró. La melena rubio platino le llegaba hasta los hombros, mimetizándose perfectamente con el largo vestido de satén que se ondulaba a la altura de los tobillos. ¿Había una mujer más bella que la futura Tamara Waddell? ¿O con más operaciones de cirugía estética en el cuerpo? ¿Existía alguna mujer que hubiera ido de hombre en hombre más veces que ella, como si fuera un kleenex sexual?

Intentó llevar la cuenta: ¿qué número haría aquel matrimonio? ¿El sexto?

En aquel preciso instante su madre la miró, ceñuda.

—La espalda erguida —le dijo, formando las palabras con los labios—. Y sonríe.

Como siempre, Shaye optó por ignorar aquellas sabias órdenes, que «siempre eran por su bien». Concentró su atención en el sacerdote.

—¿Prometes amar, honrar y respetar...? —estaba diciendo con su voz de barítono.

Shaye no tardó en volver a distraerse y dejar de escuchar completamente sus palabras. «Amor». Cómo odiaba aquella palabra. La gente la utilizaba como excusa para hacer cosas ridículas. «Me engañó, pero voy a quedarme con él porque le quiero. Me pegó, pero voy a quedarme con él porque le quiero. Me robó hasta el último céntimo de mis ahorros, pero no le denunciaré porque le quiero». ¿Cuántas veces había oído a su madre pronunciar aquellas palabras?

¿Cuántas veces había tenido que aguantar los manoseos de los amigos de su madre, con la disculpa de que no habían podido refrenarse porque habían dejado de estar enamorados de su madre para estarlo de ella? Y eso que en aquel tiempo no había sido más que una niña. Pervertidos.

El padre de Shaye constituía otro palmario ejemplo de aquella idiotez de «el amor es lo único que importa». «Tengo que dejar a tu madre porque me he enamorado de otra». Al parecer, se había enamorado de varias otras. Cuando se enteró de que su última esposa se había divorciado de él después de engañarlo, Shaye le había enviado una tarjeta con la frase «Lo siento mucho». Aunque lo que en realidad le habría gustado escribirle era «Te lo tienes bien merecido, por lo muy canalla que eres».

Pero, por supuesto, había tenido que aguantarse... razón por la cual había terminado montando su propio

negocio. La empresa Anti-Cards marchaba viento en popa. Por lo visto, era muchísima la gente que se moría de ganas de mandar al diablo a alguien... sólo que de manera indirecta.

Trabajaba ochenta horas a la semana, pero merecía la pena. Gracias a tarjetas tan populares como *Me siento fatal sin ti: es casi como si estuvieras aquí o Con una palabra amable y un arma puedes hacer mucho más que sólo con una palabra amable*, daba empleo a veintitrés ingeniosas mujeres y había ganado más dinero del que se había atrevido a imaginar.

Por fin la vida sonreía a la jovencita de triste y extraño aspecto que jamás había estado a la altura de las expectativas de sus padres.

—Ya puedes besar a la novia —dijo en aquel momento el pastor.

Gracias a Dios. Shaye soltó un profundo suspiro de alivio al tiempo que relajaba los hombros. Muy pronto estaría a bordo de un avión rumbo a su tranquilo apartamento de Cincinatti. Ninguna imagen de amor romántico la turbaría o irritaría allí. Ni siquiera tenía un gato que la molestara.

En medio del aplauso general, el novio de cejas operadas e implantes en las mejillas plantó un sonoro beso en la boca de su pareja. Los recién casados empezaron a alejarse del altar acompañados por los acordes de un arpa. Shaye, por su parte, se acercó disimuladamente al agua, lejos de las masas, acariciando la idea de escapar ahora que todo el mundo parecía dirigirse hacia la carpa del banquete.

Había vuelto a cumplir con su deber de hija y no había razón alguna para que se quedara. Además, deseaba quitarse cuanto antes aquel áspero sujetador de conchas y aquella maldita falda de paja que le daba picores...

—¿Se puede saber adónde vas? —le espetó una de las damas de honor, agarrándola de un brazo con sorprendente fuerza—. Se supone que ahora viene la sesión de fotos. Y además tenemos que atender a los invitados.

Así que la tortura aún no había acabado. Gimió para sus adentros.

Después de posar durante una hora para un fotógrafo que al final renunció al continuado intento de hacerle sonreír, resignado, se encontró sirviendo tarta a una cola de invitados excesivamente aficionados al champán. La mayor parte la ignoraban, limitándose a recoger su plato para marcharse tambaleantes. Algunos intentaban entablar conversación, pero debían de encontrarla demasiado seca, o al menos eso suponía ella, porque enseguida se retiraban.

«¿Cuándo terminará esto? Quiero irme a casa». Pero la cola no dejaba de crecer, prolongando su tormento. Gruñó para sus adentros y alzó la mirada. Un invitado le había pedido tarta, pero no había seguido su camino. En lugar de ello, se había quedado mirándola fijamente.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

—Quiero un pedacito de ti, si estás dispuesta a servírmelo —respondió, balanceando el plato en una mano y girando su copa de champán en la otra. El brillo de sus ojos verdes delataba su diversión.

Llevaba una camisa blanca con el cuello desabrochado, una corbata de pajarita también suelta y pantalón de esmoquin. El cabello rubio estaba perfectamente cortado y peinado, sin un pelo fuera de su lugar. Shaye lo reconoció como uno de los invitados del novio.

—Señor, está haciendo esperar a los demás.

Se obligó a adoptar un tono severo mientras seguía

cortando trozos de tarta y sirviendo platos. Había aprendido a una edad temprana que lo mejor era guardar desde un principio las distancias con la gente. Que terminaran odiándola le daba igual. No podía permitirse la menor emoción, porque eso mismo era lo que llevaba en último término a la decepción, al rechazo... y al desengaño.

—Muévase. Ya.

Tal y como había esperado, el hombre no se apartó.

—Shaye, querida —le dijo en aquel momento su madre en tono ligero, apareciendo a su lado envuelta en una nube de perfume caro—. Me alegro tanto de que hayas conocido a tu nuevo hermanastro, Preston…

¿Hermanastro? «Otro no». Eso evidenciaba el poco contacto que había mantenido con su madre durante los últimos años: no había sido consciente de que el número seis tenía hijos. De hecho, ni siquiera había conocido a su nuevo papi hasta una hora antes del comienzo de la boda.

—Nunca se me han dado bien las cortesías —le dijo a Preston, como para suavizar la dureza de sus palabras anteriores. Nada más.

—Eso tenía entendido —repuso él, riendo.

Era incluso más guapo cuando se reía así. Desviando la mirada, Shaye recogió dos platos y se los entregó a la gente que estaba esperando detrás.

—Me alegro de conocerte, Preston, pero tengo que seguir sirviendo a los invitados.

La orquesta escogió aquel momento para entonar una romántica balada. Preston seguía sin apartarse.

—Nunca pensé que diría esto, pero... ¿te gustaría bailar conmigo, hermanita? Después de que hayas terminado aquí, claro está.

Shaye abrió la boca para decirle que no, pero ningún sonido brotó de su garganta. Se dio cuenta de que quería aceptar. Aunque había cambiado de hermanastros y hermanastras con más frecuencia que de ropa, y aunque sabía que lo más probable era que nunca más volviera a verlo, quería aceptar. Y no porque se sintiera atraída por Preston ni nada parecido, sino porque representaba todo lo que ella se había negado a sí misma.

«Y necesitas seguir negándote», le recordó una voz interior. «Porque así es más seguro».

—No —le dijo—. Simplemente... no —y volvió a concentrarse en la tarta.

Su madre lanzó una tensa carcajada.

—No hay necesidad de ser tan grosera, Shaye. Un baile no te matará.

—He dicho que no, madre.

Siguió un silencio aún más tenso.

—Tú —dijo su madre en un tono súbitamente duro, dirigiéndose a otra de las horriblemente ataviadas damas de honor—. Encárgate de la tarta. Shaye, ven conmigo.

Unos fuertes dedos se cerraron sobre su muñeca, como garfios. Un segundo después se veía arrastrada fuera de la carpa, hasta la playa. «Ya empezamos», pronunció Shaye para sus adentros, suspirando. Siempre era así. Cuando se veían obligadas a convivir en un mismo espacio, Tamara siempre acababa estallando.

«Lo que me faltaba». La arena se le metía entre los dedos de los pies mientras el viento agitaba su falda de paja. Una luna irreal iluminaba el sendero. Las olas susurraban una melodía dulce, acariciadora.

Vio que su madre entornaba los ojos, por lo demás idénticos a los suyos. Le soltó bruscamente la mano,

como si su solo contacto le produjera arrugas prematuras.

—Estás tratando a mis invitados como si tuvieran la peste.

—Si me conocieras mínimamente bien... sabrías que trato a todo el mundo así.

—¡No me importa cómo trates a los demás! Vas a tratar a todos mis invitados, incluyendo a Preston... no, especialmente a Preston... con respeto. ¿Me entiendes? Aunque sólo sea por unas pocas horas... finge al menos que tienes un poco de corazón.

Aquello le dolió. Bastante. Aun así, Shaye se las arregló para forzar una sonrisa.

—¿Por qué no te vas con tu flamante marido para que te tranquilice un poco? Este tipo de berrinches siempre te dejan la cara hecha una vieja pasa.

Boqueando horrorizada, Tamara se palpó el rostro con las yemas de los dedos.

—Acabo de ponerme Botox. No debería tener una sola arruga... ¿Me ves alguna arruga?

Shaye puso los ojos en blanco.

—¿Has terminado ya?

Su madre dio un pisotón en el suelo, gruñendo.

—¿Es que no te das cuenta? Por fin he encontrado al amor de mi vida. ¿Tan incapaz eres de entenderlo y de alegrarte por mí?

—Oh, vaya. Te recuerdo que éste es el sexto amor de tu vida.

—¿Y qué? He cometido errores en el pasado. Eso es mejor que negarse a tener relaciones, como has hecho tú, sólo para evitar resultar herida —se interrumpió, alzando la barbilla—. Desdeñas todo lo masculino, Shaye. Nunca sales con nadie.

Era cierto: no salía con nadie. Ya no. Siempre había recelado de los caminos que tendría que transitar

para conseguir la famosa e imaginaria felicidad de la pareja perfecta. En algún momento, sin embargo, lo había intentado. Rápidamente había descubierto que los hombres nunca llamaban cuando decían que iban a llamar. En realidad, no estaban interesados en ella como persona: sólo estaban interesados en quitarle la ropa. Admiraban a otras mujeres cuando se suponía que la estaban cortejando a ella.

Mentían, manipulaban, engañaban. Y no merecían la pena.

—Ojalá te vaya bien con tu nuevo marido, mamá —no tenía sentido volver siempre sobre lo mismo—. Bueno, me voy a casa.

—No irás a ninguna parte mientras no te hayas disculpado con Preston —blandió un dedo delante de su nariz—. Le has tratado muy mal y eso no te lo consiento, ¿me oyes?

Le había tratado mal, y no se sentía nada bien por ello. Pero no pensaba disculparse. Eso invitaría a la conversación. La conversación invitaba a la amistad, y la amistad invitaba al sentimiento. Y el sentimiento, en última instancia, invitaba precisamente a lo que tanto se esforzaba por evitar.

—¿Esperas que obedezca una orden tuya justificada en tu presunta autoridad maternal? ¿A estas alturas? ¿Después de haber dejado que me criara un ejército de niñeras?

—Bueno… sí —fue su vacilante respuesta.

—Te olvidas de algo. Soy la Princesa de Hielo del reino de Amargovaquia, la Gran Duquesa de la Amargonia y la Reina de Amargolandia por excelencia. ¿No es eso lo que siempre me has llamado?

Se oyó el chapoteo de una ola en el silencio que siguió a sus palabras.

—Debí haber previsto que te comportarías así —le

espetó su madre. Con un furioso giro de muñeca, se echó la melena sobre el hombro y se quedó contemplando el agua—. Yo sólo quería una hija buena y normal... pero me has tocado tú. No cejarás hasta haberme estropeado mi boda.

—¿Cuál de ellas? —preguntó secamente Shaye, ignorando su propio dolor. Prefería esa fría insensibilidad con la que siempre se había revestido. La misma insensibilidad que la había salvado de niña, arrancándola de la depresión y proporcionándole una vida satisfecha, ya que no feliz.

—Todas, maldita sea —Tamara no la miraba, sino que seguía contemplando el mar. Se oyó otro chapoteo, más cerca en esa ocasión—. Me tienes envidia, celos, y por eso nunca has querido que fuera feliz. Cada vez que me acerco a ti... me haces daño.

De todas las cosas que le había dicho su madre, aquélla fue la que más le dolió. Al fin y al cabo, si Shaye estaba allí, era precisamente porque quería que su madre fuera feliz. Nunca había querido expulsar a su madre de su vida, porque, después de todo, la quería. Era algo contra lo que había luchado y que odiaba, pero no podía negarlo. La niña que despreciaba a todo el mundo seguía deseando contar con la aprobación de su madre.

—No me culpes a mí de tu sufrimiento. Tú eres la única responsable.

—Conner y yo queríamos que este día fuera per... —de repente, Tamara abrió mucho los ojos, iluminados por un brillo de deseo—. Perfecto... —suspiró, soñadora—. Mmmm... Tan perfecto...

La manera en que convirtió su voz en un ronco ronroneo, como si de golpe le hubieran entrado ganas de quitarse la ropa y bailar desnuda a la luz de la luna, no pudo por menos que sorprender a Shaye.

—Eh... hola. Estábamos conversando, ¿recuerdas?

—Dios mío, qué hombres... —pronunció Tamara como hipnotizada, presa de un hechizo que hablaba de amor y de secretas fantasías.

—¿De qué estás hablando? —Shaye desvió la mirada hacia el mar. Y se quedó boquiabierta.

Vio surgir del agua a seis hombres altísimos y musculosos, bellos como dioses griegos. La luz de la luna parecía acariciarlos con reverencia, recortando sus contornos con un halo dorado. Cada uno de ellos portaba una espada, una espada tremenda, de aspecto aterrador... pero lo curioso era que eso a Shaye no parecía importarle.

También portaban buceadores inconscientes: unos bajo el brazo, otros cargados al hombro... lo cual tampoco parecía importarle.

Los guerreros llevaban el torso desnudo, exhibiendo unos fantásticos abdominales, con la tez tan bronceada que parecía oro líquido bañando acero. Sus rostros recordaban a los de los supermodelos masculinos más bellos que había visto en su vida. Sólo que todavía eran más hermosos. Mucho más.

Espléndidos... increíbles... inefables.

Shaye tragó saliva, y le dio un vuelco el corazón. Un aire caliente invadió de pronto sus pulmones, quemándola por dentro. Los seis guerreros la estaban mirando como si fuera un sabroso plato... para el que no se necesitaran cubiertos. Y lo extraño era que ella misma anhelaba saltar a aquella mesa imaginaria, desnuda, para ofrecerles su cuerpo como bufé. Todo lo que pudieran consumir.

Y gratis.

Se humedeció los labios. Tenía la boca hecha agua, sentía un cosquilleo en la piel, un nudo en el estómago. «Estoy excitada», pensó. «¿Por qué diablos

estoy excitada?». Y, lo más importante: ¿por qué no echaba a correr?

Se aproximaban. En aquel momento estaban tan cerca que Shaye podía distinguir las gotas de agua que resbalaban por sus torsos sin vello, para detenerse en sus sensuales ombligos. Y el agua seguía resbalando cada vez más abajo...

De pronto su mirada se vio atraída por el guerrero que caminaba en el centro del grupo, y por un instante se olvidó hasta de moverse. De respirar. «Atención: peligro», la alertó una voz interior. «Peligro mortal». Era más alto que los demás, de cabello rubio oscuro que enmarcaba en una mojada maraña sus rasgos hipnóticos. Y sus ojos... Oh, Dios. Sus ojos. Eran de un azul verdoso, tan eróticamente seductores que Shaye sintió la atracción de su mirada hasta en los huesos. Se le endurecieron los pezones, y un dulce dolor empezó a latir entre sus piernas...

Aquel guerrero tenía un algo salvaje, indómito... Un brillo engañosamente tranquilo en su expresión que decía a las claras que podía hacer cualquier cosa que se le antojara, lo que fuera y cuando fuera.

Sus miradas se encontraron. Shaye descubrió en sus ojos un fulgor de excitación, que trocó su extraño color en un turquesa oscuro. Pero de repente la excitación cedió paso a la... ¿furia? ¿Estaba enfadado? ¿Con ella?

—Míos —estaba diciendo su madre, sin aliento, todavía sumida en una especie de trance—. Todos míos.

Los guerreros terminaron de salir del agua y soltaron a los buceadores inconscientes en la arena. Liberadas ya sus manos, el guerrero del centro indicó con un dedo a Shaye que se acercara.

Estremecida, avasallada por su masculinidad, con-

siguió sin embargo, no supo cómo, negar con la cabeza. «No vayas con él», le suplicó una voz interior, la de su mente perversa. Volvió a negar con la cabeza, esa vez con mayor energía.

El guerrero ladeó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Ven aquí —ordenó. Su voz era un ronco murmullo, tan embriagador y excitante como una erótica caricia.

Otro estremecimiento le recorrió la espalda, tan intenso que le flaquearon las rodillas. ¿Qué sucedería si llegaba a tocarla? ¿Qué sucedería si deslizaba aquellos sensuales labios suyos por cada curva y hueco de su cuerpo?

«Para, Shaye», le ordenó una débil voz interior, la de su mente racional. «No sigas».

—Ven aquí —repitió el guerrero.

—Sí —dijo su madre, avanzando ya hacia él. La soñadora mirada de sus ojos se había oscurecido de deseo—. Necesito tocarte. Por favor, déjame tocarte...

La parte de Shaye que reconocía a aquellos hombres como peligrosos reconocía también que algo extraño le pasaba a su madre... y también a ella... y sin embargo seguía sin importarle. Una sensual niebla parecía envolver su mente, cerrándola a todo lo demás.

—Lucha contra esto —se ordenó—. Lucha contra ello, sea lo que sea —y empezó a librar una suerte de batalla mental, luchando y desterrando de su cerebro imágenes en las que aparecía ella misma y aquel hombre, desnudos y abrazados. Él deslizaba su boca por sus senos, introduciendo al mismo tiempo sus dedos dentro de su sexo, mientras que ella separaba las piernas para facilitarle un mejor acceso... —. No. ¡No! —gruñó, y un manto de serenidad pareció envolver sus pensamientos. Un familiar muro de hielo se

levantó para encerrar sus emociones, obligándola a concentrarse únicamente en su necesidad de escapar.

Aquellos hombres, quienesquiera que fueran, eran peligrosos, sus intenciones eran evidentemente malignas. Tenían espadas, por el amor de Dios, e irradiaban deseo.

Ya casi los tenían encima. Frunciendo el ceño, estiró una mano y agarró a su madre del brazo. La obligó a detenerse.

—No te acerques a ellos.

—Tengo que... tocarlos.

—Tenemos que conseguir ayuda, avisar a los demás...

—Suéltame —empezó a forcejear, desesperada por liberarse—. Tengo que...

—Tenemos que volver a la carpa. ¡Muévete! —tirando de su madre, corrió hacia la zona de recepción. Hacia la música, las voces... hacia los despreocupados invitados que nada sabían de lo que estaba sucediendo.

Mientras corría, se atrevió a lanzar una mirada sobre su hombro. Los guerreros no habían aminorado el paso, no habían dado media vuelta. Su expresión de deseo y avidez parecía haberse intensificado mientras las seguían.

—¡Socorro! —gritó, levantando arena a cada paso. Apartó la cortina y entró en la carpa—. ¡Que alguien llame a la policía!

Nadie la oyó. Todos estaban demasiado ocupados bailando y bebiendo hasta emborracharse... gracias a la barra libre.

—Suéltame —su madre seguía resistiéndose. Y como no conseguía liberarse, le mordió el brazo.

—¡Maldita sea! —Shaye hizo entonces lo primero que se le ocurrió: le puso una zancadilla y la empujó, de manera que la flamante novia cayó cuan larga era

sobre la mesa del bufé. Comida y platos fueron a caer al suelo, pero al menos Tamara permaneció en posición horizontal, intentando recuperar el aliento.

Varios de los invitados miraron a Shaye, y luego a la novia caída. Algunas expresiones delataban su confusión, incluso su horror... pero la mayoría parecían divertidos.

—Hay unos hombres allí —gritó Shaye, señalando hacia el mar—. Son peligrosos. Tienen espadas. ¿Alguien tiene un arma? ¡Llamen a la policía!

Ya recuperada, Tamara se incorporó, aparentemente despreocupada de las manchas que lucía su vestido de diez mil dólares. Intentó abrirse paso a codazos entre los invitados.

—Lo necesito, Dejadme volver con él.

—¿Tamara? —la llamó su marido, incrédulo. Corriendo hacia ella, la tomó de los brazos. Su preocupación aumentó al ver que forcejaba por liberarse—. ¿Qué te pasa, gatita mía?

—Lo necesito... a él —subrayó la última palabra con un suspiro soñador, de pura felicidad.

Los seis dioses del mar entraron en ese instante en la carpa, bloqueando la salida. Inmediatamente cesó la música. Los invitados varones se encogieron de miedo, mientras que las mujeres, impresionadas, empezaron a acercarse inconscientemente a los guerreros, ansiosas por tocarlos...

—Fuera de aquí —gruñó Shaye—. Estamos armados... —mintió.

Los seis pares de ojos barrieron a la multitud, embebiéndose de cada detalle... buscando... buscando... hasta que se posaron en ella. Shaye se puso a temblar, alanceada por una punzada de calor. Volvieron las imágenes de los cuerpos desnudos. Empezó a sudar, se sonrojó de deseo, de excitación...

¡Otra vez no! Se obligó a poner la mente en blanco.

¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Cómo se las arreglaban para ejercer ese efecto sobre ella? ¿Cómo podían hacerla olvidarse de quién era, para desear simplemente disfrutar de los placeres que, de alguna forma, sabía que sólo ellos podían proporcionarle?

Luchando contra una oleada de pánico, recogió rápidamente del suelo el cuchillo de la tarta. El corazón le latía a toda velocidad.

El guerrero del centro del grupo, el bello gigante rubio, repitió el mismo gesto con que en la playa le había ordenado que se acercara. Continuaba viendo un brillo de furia en sus ojos. Y la atracción seguía allí, aún más fuerte que antes. A la luz de la carpa, Shaye pudo distinguir el pequeño arete de plata que le atravesaba un pezón.

—Ven.

Toda ella se moría por obedecerlo, por acudir a su lado, por lamerle aquel arete de plata mientras se apretaba contra su erección, pero tragó saliva y volvió a negar con la cabeza.

—No —su erección. Dios. Ni siquiera lo había mirado allí. Pero sabía, como si tuviera impreso aquel dato en cada célula de su cuerpo, que estaba excitado.

Sus deliciosos labios se curvaron lentamente en una traviesa sonrisa, como si hubiera estado esperando su negativa.

—Estaré encantado de demostrarte el error de tu actitud.

3

«Mi pareja», pensó Valerian, incrédulo. Había encontrado a su pareja.

No la había estado buscando, no había querido encontrarla, pero la había encontrado. Tal y como decía la leyenda, había captado su aroma y lo había sabido. Lo había sabido sin ningún género de duda. «Mía». Hasta la última célula de su cuerpo había reaccionado a ella.

Nada más salir con sus hombres del portal, un grupo de guerreros marinos vestidos con ropas negras y ajustadas los habían atacado con la intención de subirlos a bordo de sus barcos. Había habido una pelea, pero las ninfas habían terminado imponiéndose: se habían apoderado tanto de ellos como de sus embarcaciones. Después de aquello, no habían pensado en otra cosa que en localizar a unas cuantas mujeres para llevárselas a Atlantis.

Una mujer en particular había atraído y monopolizado su interés. Era alta y esbelta, de cuerpo muy bien

formado, vientre plano, caderas ligeramente redondeadas, piernas largas y bien torneadas...

Su rostro angelical parecía enorgullecerse de su pequeña y sensual barbilla, de sus sonrosadas mejillas, de su nariz levemente respingona. Tenía los ojos grandes, de un tono castaño dorado que hablaba a la vez de vulnerabilidad y determinación, enmarcados por largas pestañas negras.

Nunca había visto una piel tan clara y luminosa como la suya. Ni siquiera en un vampiro. Tan radiante como la misma luna que había visto brillar en los cielos. Etérea. Le quemaban las manos del deseo de acariciarla lentamente, saboreándola a placer, para convencerse de que no era un sueño inalcanzable.

En cuanto a la ropa que llevaba, bueno… se prometió que la mantendría vestida así durante el resto de su vida. Las numerosas briznas de hierba que colgaban de su cintura se entreabrían a cada movimiento que hacía, descubriendo suculentas vistas de sus muslos… No, no había querido encontrar a su pareja, una humana, nada menos… y era por ello por lo que estaba furioso. Pero por debajo de su furia latía un ansia posesiva que no podía negar. No quería negar.

Se había dejado querer por tantas mujeres y durante tantos años que casi se había olvidado de lo que se sentía al desear a una. De lo que significaba mirar y anhelar a una. Ya le estaba ardiendo la sangre con un fuego insaciable. «Mía».

Obviamente, ella todavía no lo había reconocido como su pareja. De hecho, parecía querer perderlo de vista cuanto antes. «¡Humanos!», resopló para sus adentros. Allí, frente a él, parecía intocable… Y sin embargo, él moriría si no la tocaba.

De repente, tomó conciencia de lo que acababa de pensar: moriría si no la tocaba. ¿Cuántas veces le ha-

bían dicho eso mismo a él las mujeres? ¿Que morirían si él no las poseía? Nunca había entendido el significado de la expresión hasta aquel momento.

Aquella mujer le resultaba esencial. Detestaba que así fuera, pero lo que no podía hacer era negarlo.

Mientras se embebía de su belleza, vio que entreabría ligeramente los labios, como si no supiera si contener el aliento o soltar un grito. Valerian quería que hiciera ambas cosas. Quería que pronunciara su nombre mientras jadeaba y chillaba en pleno orgasmo…

Ella era su pareja, su mujer, y se lo demostraría a cualquiera que osara mantener lo contrario. Incluso a ella misma. Oh, sí. Que ella le pertenecía, lo sabía con cada célula de su cuerpo. Nunca más volvería a ser capaz de disfrutar con otra mujer. ¿Disfrutar? Casi soltó una carcajada. ¿Había disfrutado realmente de una mujer hasta ahora?

Quería aquel rayo de luna. Desde el primer instante que la vio, la había deseado. El mundo se había desvanecido a su alrededor y desde entonces solamente la había visto a ella. La deseaba con locura.

Pero ella lo había rechazado. Varias veces. Incluso había huido de él. Aquello todavía no dejaba de sorprenderlo. Ni de excitarlo. Su naturaleza guerrera se regodeaba con el desafío de hacerla cambiar completamente de idea…

Miró la pequeña daga que blandía contra él y se sonrió. ¿Realmente esperaba mantenerlo a raya con aquella lastimosa hojita? Desde luego, tenía mucho que aprender sobre los guerreros ninfas…

—Recoged a todas las féminas que estén sin pareja —ordenó a sus hombres en su lengua nativa, sin apartar la mirada del objeto de su fascinación.

Shaye retrocedió un paso. Pero cuando se dio cuenta de lo que había hecho, se quedó inmóvil, ir-

guió los hombros y alzó su cuchillo. «Ah, una mujer valiente», pensó Valerian. Una mujer capaz de luchar hasta la muerte. Sonrió, deseándola todavía más.

—¿Qué quieres de nosotros? —le preguntó ella.

Pero Valerian apenas escuchó sus palabras: estaba demasiado encandilado por el sensual movimiento de sus labios, suaves como pétalos de rosa. Por la pequeña y delicada lengua rosada que había vislumbrado dentro. Su falo reaccionó inmediatamente.

De repente, una mujer le rozó un brazo con la punta de los dedos. Valerian apartó la mirada de aquel rayo de luna... una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer en toda su vida... y bajó la vista. No sólo una, sino varias mujeres lo rodeaban. Ya se habían acercado a sus hombres y habían empezado a acariciarlos; algunas incluso se frotaban contra ellos, entre gemidos...

Valerian se sorprendió al ver que uno de los humanos machos estaba intentando besar a Dorian. Con una expresión de absoluto horror, Dorian se apresuró a apartarlo de sí.

—¿Sólo las que no tengan pareja? —inquirió Broderick, cerrando los ojos mientras una preciosa morena le lamía el cuello.

—Eso es —confirmó. Las ninfas eran capaces de oler el rastro de otros hombres en las mujeres, con lo que les resultaba fácil identificar a las que tenían una pareja estable.

Si la deliciosa beldad que lo tenía tan encantado hubiera estado emparejada, se la habría llevado de todas formas. Sin reservas. Pero por su dulce y embriagador aroma, sabía que no pertenecía a otro hombre.

Sus hombres se pusieron en movimiento, ordenando a las mujeres sin pareja que formaran en una fila. Por supuesto, obedecieron sin rechistar. Las empare-